

Jorge Etcheverry

## **DIARIO DE PANCRACIO FERNÁNDEZ**

Obra ganadora del 1º Concurso de Novela Breve de  
escritores.cl



2000

Una novela que se lee rápidamente. Posee un estilo claro, breve y sintético. No abunda en digresiones marginales, y las escasas, están bien urdidas. Maneja bien la tensión dramática. Mantiene el interés. El fluir de la conciencia de Pancracio Fernández está bien dibujado. Los personajes, los pocos personajes (la ramera, la adivina, la alemana, la rubia, etc.) se perfilan bien y tienen vida propia. El submundo del protagonista, la pensión, su habitación oscura y solitaria, las tribulaciones por la falta de trabajo y comida, están descritos en forma correcta. Posee además un manejo del lenguaje sólido que la convierte en una novela interesante, puesta al servicio del lector.

El Jurado.

## I

Ella enfiló hacia una calle blanca, de casas blancas y el sol se detenía con sigilo sobre su pelo. Movía su talle de niña y sus piernas delgadas de piel de durazno se apresuraban por la vereda. No parecía darse cuenta de mi presencia. Yo fumaba un cigarrillo que me araba los pulmones. Cruzó a la vereda del frente y penetró en una casa blanca de un piso, de reja verde. Yo crucé a mi vez, para que ella me viera al entrar. Pero no dio vuelta la cabeza. Entonces miré el nombre de la calle, para memorizarlo: "Juan de la Luz". Yo lo interpreté como un buen augurio. Esa noche había tenido un sueño: Yo debía cumplir un encargo que me había dado un cristo de luz blanca que cubría todo el horizonte y en cuyo cuerpo transparente se movían infinidad de cabezas humanas cuyos cuerpos estaban bañados por la niebla de ese mismo cuerpo numinoso. Pero en el sueño no podía esclarecer el carácter de ese encargo. Anoté el número de la casa, sabiendo que nunca me permitiría a mí mismo apersonarme a la puerta de la misma pretendiendo una misión falsa de cartero o vendedor. No por razones morales, sino por que yo soy de naturaleza más bien vergonzosa. Además de la obsesión que me había hecho seguir a esa niña hasta esa casa, y cuyo origen no tiene importancia,

creo que ha llegado el momento de entregarle algunos detalles acerca de mi persona al presunto lector, si es que estas páginas escritas en extrañas circunstancias llegan alguna vez a ser leídas por alguien. De familia católica, yo fui creyente hasta los dieciséis años. Quizás prolongué por un tiempo mis idas a misa debido a los vitrales azules y al piso de mármol reconstituido, donde creía percibir aglomeraciones de encapuchados y figuras monstruosas. A veces, y por propia iniciativa, iba por las tardes a una iglesia determinada nada más que para ver el altar, cuando mis vecinos y compañeros de colegio, y mis escasos amigos, se entregaban a escuchar música de rock o a sus primeras manipulaciones eróticas con sus pololas. Siempre he sido más bien solitario. Cuando caía la noche, el altar envuelto en una cruda luz amarilla y la nave sólo iluminada por la luz azul de los vitrales, me proporcionaron una imagen que aún me persigue a veces por algunos momentos antes de despertar completamente, cuando comienzo a abrir los ojos y ronda el cuarto el frío de la madrugada.

Volviendo a esta niña, ella era la niña rubia con la que todos soñamos en algún momento de la vida y que siempre vemos destacarse en medio de la más multitud más densa. El primer amor obsesivo de un hombre no ya adolescente, pero aún muy joven, que luego se nos volverá a presentar durante toda nuestra vida, y al que consideraremos alternativamente con autoconmiseración, nostalgia y vergüenza, según las circunstancias. Ya me iba a devolver desde esa calle asoleada y llena de árboles del barrio Providencia a mi cuarto de la pensión en San Francisco,

con el piso lleno de colillas y casi sin luz, con olor a encierro, y la imagen de esa niña me hablaría mientras me quedaba dormido, y adoptaría al tenor de mis ensueños actitudes tomadas de esas cosas leídas, vistas en el cine o conversadas con amigos, que me arrullarían en mi caída en el sueño, a falta de una compañía carnal concreta y cuyo carácter, sobre el que no quiero explayarme, no será difícil de imaginar para el lector.

Me aprontaba a marcharme desandando el camino hasta el paradero de micro cuando vi acercarse por la calle a un joven alto, macizo, de cabellos oscuros y perfil definido, de terno gris muy sobrio, con un portadocumentos. Tuve un presentimiento. Me detuve en mi marcha, y lo seguí disimuladamente con la vista cuando pasó a mi lado. Se paró frente a la puerta de la casa de ella (que supuse era de ella) y presionó el timbre con aire decidido, con un movimiento ágil y económico, con la facilidad de la costumbre. Un rencor sordo me atenazó el pecho. No me vio. Ella le salió a abrir. Le echó los brazos al cuello y entraron tomados de la mano. ¿Porqué no podía ser yo ese tipo? Pero su pelo era decididamente moreno, no arratonado y manchado como el mío, y marcaba con seguridad inocente sus pasos por la vereda, como si fuera el dueño del mundo. Era del tipo de los jóvenes lobos, los ejecutivos jóvenes, seguramente metido en la computación, que ahora se agarraban a todas las niñas, en medio del odio receloso de los que como yo, se agazapaban en la sombra o se masturbaban en sus tristes dormitorios de jóvenes solitarios. Y cuando la había abrazado,

era como si el orden del universo le hubiera acordado ese festín desde el comienzo de los tiempos.

## II

Pero una vez en mi cuarto, y sobreponiéndome a mi pena y rencor, fueron otras cosas las que me llamaron la atención. Yo soy un lector infatigable de tabloides: Una pareja riñe a golpes luego de ver por televisión la pelea de Tyson vs. Holleyfield. Una pelea entre una mujer y su esposo (borracho) termina con la muerte del marido a manos del cuñado, que usó un fierro. Los detectives tomaron debida nota de los hechos. El primer hechor, que deja a su novia con tres costillas quebradas sobre la alfombra persa del living, no ha sido habido. Su búsqueda se encarga a todas las unidades policiales del país. Las adivinas (Irma González y Alicia Vivanco), quizás no podrían juntar estos hechos para decir que son la manifestación de algo así como una tendencia en el ambiente, en la cultura, lo que en otros tiempos se hubiera llamado el Espíritu de la época, de un cambio pivotal de los órdenes ocultos o manifiestos en las cercanías del nuevo milenio. Los pentecostales como nunca parecían poseídos por la manía apocalíptica, con los ojos girando en el desvarío de la santidad en una esquina de los barrios periféricos de la capital, de los puertos, de los pueblos sureños. Y no era sólo en la ciudad, ni en el país, si uno se dignaba comprar los diarios, mirar de vez en cuando la

televisión. Se respiraba últimamente un aire tenso, que algunos achacaban a la incertidumbre del capitalismo despiadado de los nuevos tiempos, otros a la ineluctable decadencia ecológica que acarrearía la penuria a nuestros hijos y la desaparición de gran parte de la vida sobre el planeta, incluyendo a nuestra especie. Un desasosiego que es el que se dice que experimentan los perros que ladran y los pájaros que alzan el vuelo con anterioridad a los terremotos, y que sólo se había sentido anteriormente aquí de esa manera durante los días inmediatamente anteriores al golpe.

Llegué a la pensión y saludé al pasar a un diarreo conocido. Iba subiendo por la escalera, vibrante de escupitajos, cuando me dio alcance una mujer madura, muy pintada, una adivina que tenía su consultorio en una pieza de la pensión. Hacía ya varios meses que yo me encontraba cesante. Esa mujer recibía en su consultorio gente de todas las clases sociales. A veces conversábamos en algún bar de los alrededores, desde que ella se enteró de mi calidad de estudiante universitario (eterno) y, con la natural curiosidad y el deseo de estima que tienen algunos seres que se detienen en los suburbios de la cultura, pero que anhelan lo que para ellos es un mundo tanto más maravilloso en la medida en que más inaccesible, había tratado de obtener a toda costa mi amistad, y claro, el beneficiado había sido yo, que siempre andaba sin un cobre ni para hacer cantar a un ciego.



## III

Y se cruzaban entonces en la calle entre el grito de los canillitas y los vendedores de maní y el humo de los cigarrillos nuestras discusiones sobre la ley del karma y las propiedades de los planetas, de lo que yo tenía algunas vagas nociones gracias a los libros que tenía mi abuelo, un rosacruz y teósofo como tantos caballeros de su generación. Según ella, yo tenía un signo escorpión de primer decanato donde se daban con gran fuerza las propiedades negativas de Marte. Escorpión: Morder y punzar "Porque los animales, mire usted, sabe usted, tienen cualidades, dan cualidades. Algunos salen cargados a lo positivo. Según dicen los astros, uno de estos escorpiones negativo en grado sumo, un marciano, como se los llama, se paseaba entre la gente, sembrando el mal por el mero contacto de la piel". Allí se le mezclaba el usual tema del anticristo y el milenio, con una especie de teoría conspiratoria, combinación no muy rara en estos tiempos. Yo trataba hacerle ver la velocidad y ubicuidad que tendría que tener dicho sujeto para poder provocar todo ese cúmulo de crímenes, nada más que los notables, los de la primera plana de los diarios. Y le prestaba libros viejos, comprados en otro tiempo en los tugurios polvorientos de San Diego. Páginas en idioma extranjero que leía y tra-

ducía silabeando para la mujer describían la figura de la gran serpiente que rodea el universo según los gnósticos. "El macrocosmos reproduce al microcosmos". La relación sin embargo me parecía inversa, y más de alguna vez, en mis lejanos días adolescentes y católicos, me había desesperado por la indiferencia de las remotas esferas, cambiando en mis adentros la relación, para que el hombre pudiera alterar alguna vez el orden de los astros, o conseguir fácilmente un pasar aunque fuera modesto, lo que es lo mismo.

Ella recibía, como se ha dicho, a gente de todas las clases sociales. Yo le había pedido hace tiempo que me consiguiera trabajo. En esa oportunidad, ella me había mirado con sus ojos de serpiente-la mirada que reservaba para la clientela- y me lo había prometido. Hay que reconocer que por momentos parecía abandonar su aspecto y comportamiento de vieja chiflada para convertirse en algo interesante. Una vieja lesbiana o algo así. ¿Porque no?. Una bruja que ejerciera su comercio auxiliada por un gato negro que es en realidad un demonio, amparada en el hormiguero bullente de los barrios populares, viendo multiplicarse su clientela: las ancianas desilusionadas que viven esperando el pago de los montepíos o veneran la sombra del esposo sólo después de muerto, las profesoras feas y las señoritas cuarentonas, los padrastros desvelados por la obsesión de la inocente hija que crece junto a ellos, las niñas que vacilan antes de entregar al amado el tesoro de su virginidad o las que acuden a la viajera yerbatera como última posibilidad antes del aborto, los que a causa de una reestructuración o un fraude se en-

cuentran de repente de patitas en la calle, en esta economía global sin garantías laborales. Y porqué no decirlo: Las señoras maduras o no tanto con abrigos de pieles, que llegaban no pocas veces en autos largos y brillantes, conducidos por chóferes, las esposas de ministros y gerentes, personeros de regímenes presentes y pasados, que sacaban las manos del manguito de pieles o de los guantes fino, hasta el codo, para que la adivina examinara el caos mudo de sus líneas. Gente que solía enredarse en las manos filudas de esa mujer de apariencia ridícula más que insignificante. Como el psicoanalista o el sacerdote, o el profesor, que terminan por apoderarse de la personalidad del paciente, feligrés o discípulo(a) y los convierte en sus siervos incondicionales.

En esa situación (pensaba), no le sería difícil a la adivina acordarse de Pancracio, el joven amigo que le prestaba los libros y que vivía en la pensión.

En el vano de la escalera, como se ha dicho, me aprestaba para introducir la llave en la cerradura, cuando ella me abordó: "Le conseguí una pega. Debe presentarse mañana a las nueve de la noche". Y la vieja se puso a rebuscar en la cartera increíble y grasienta, atiborrada de papeles, un mazo de cartas y pedacitos de género. "Pucha, no metí la tarjeta en la cartera, aunque tenía una tincada que me decía que me lo iba a encontrar". Pero me dijo que yo podría pasar dentro de unas horas por el consultorio, a retirar la tarjeta, una vez que ella estuviera de vuelta luego de dormir la siesta. Siempre antes había rehusado la invitación a entrar en ese cuartucho, al-

gunas veces la señora me miraba con un brillo en los ojos que se antojaba libidinoso, y sentirme blanco del erotismo de mujeres mucho mayores que yo me es casi tan desagradable como los avances de los miembros de mi mismo género. No tengo nada contra los homosexuales. Ni contra ningún grupo en particular, aunque la adivina, por ejemplo, no puede ver a los coreanos, dice que huelen mal. Todos tienen derecho a vivir su vida, siempre que lo dejen a uno tranquilo. Pero ahora tenía otra excusa aparte de la curiosidad. Siempre había querido investigar ese cuarto. No tomé muy en serio de lo del trabajo, porque las pegas con tarjeta nunca resultan. Cuando uno ha llegado, hace varias horas que han llenado la vacante, o resulta que uno es el último de la cola. Lo más importante era que la vieja podría convidarme una taza de café con pan con mantequilla, ya que me había gastado los últimos pesos primero en el metro y luego en el bus, de ida y de vuelta, en la mañana, cuando había seguido a la minita rubia esa. La situación estaba mala en general, pese al boom económico. No había podido seguir en la imprenta porque se metieron por medio los de impuestos internos. el Barba trabajaba sin patente y la gente, me decía, lee cada vez menos, se lo pasan los días enteros pegados a la televisión. Saqué un cigarrillo mientras consideraba la situación. Eso no podía seguir. Me estaba levantando hace una semana con un cafecito pelado y un cigarro, comía una vea al día, además se me estaba acabando el último cartón de puchos que me quedaba. El resultado era que en la mañana y a poco andar me agarraba una debilidad y un dolor de cabeza que me hacía volver a la cama.

Me levantaba después a tomarme otro café, encendía el anafre y ya para ese entonces eran más de las once y ya era muy tarde para salir a las pegas del diario, que se quedaban esperando mejores tiempos, hasta la mañana siguiente. Llegaría el día en que me caería desmayado de debilidad al cruzar una calle, siendo descuartizado en un santiamén por las miríadas de autos envenenadores de la atmósfera, de taxis iracundos y competitivos, de micros desbocadas y suicidas, como le había pasado al tipo ése que aparecía en la primera plana de La Tercera, no sé si ayer o anteayer.

El olor del café nuevecito, los completos y los lomititos del café del lado de la pensión, los gritos "Un completo, que me llegaban por la ventana abierta: "Dos de queso maestro. El vale de la cuatro, un capuchino, dos cortados", me producían un vacío en el estómago que era necesario llenar. Si no se concretizaba nada por el lado de la adivina, me quedaba siempre el recurso de apelar a la compañía siempre abierta del Sergio, en el otro café, dos cuadras más abajo, que me pasaría una tira de carne blanda, casi blanca, y humeante, sobre un pan de vienesa o de molde. Y quizás su medio pato de tinto, después de la hora de comida, si había harta gente y el patrón no lo estaba mirando. Pero esto no podía seguir así.

IV

Me pasé lo que quedaba de la tarde echado en la cama, envuelto en un mar de imaginaciones, donde la principal figura era todavía esa niña rubia de la mañana, sirviendo esa misma pieza donde me encontraba de escenario. Nunca supe su nombre, ni creo que lo vaya a saber. Pero la había estado viendo por semanas, por meses. Parece que trabajaba en el centro, en Estado, o a lo mejor estudiaba en alguna de las universidades privadas que había por allí. La primera vez la había visto por casualidad, me había llamado fugazmente la atención, pero nada más. Luego la volví a ver más o menos a la misma hora, y casi sin saberlo comencé a ir ajustando mi horario a sus idas y venidas, hasta terminar en esta obsesión ridícula, que había contribuido no poco a ese estado de inercia y torpor en que me veía sumido mientras mi vida yacía a mi alrededor como las piezas de un rompecabezas a los pies de un niño idiota, en este caso yo mismo.

Y cayó la noche, desde detrás del smog suspendido a pocos metros de los tejados de los edificios más altos de la capital, sus pisos superiores un poco desdibujados por la neblina. Los altercados y las riñas empezaban como todos los días en el bar del otro

lado de la pensión, y ya las putas estarían comenzando a salir rumbo a las calles del centro o del barrio alto, y a estacionarse en los umbrales angostos de las puertas de algunas calles cercanas. Salí al pasillo. Una delgada muchacha de falda roja salía en ese momento de un cuarto contiguo. "Hola monona", le dije, "¿Tan temprano a trabajar?". Se encogió de hombros y me lanzó un besito con los dedos filudos, de largas uñas rojas pintadas de un color rojo sangre. Por ser galante la miré. "Con esa fachita te vas a demorar poco. No galopes muy fuertes, para que me dejen dormir". No sé si me oyó. Ya bajaba hincando en los escalones los tacos aguja, cada paso un pistoletazo amortiguado. Golpeé secamente con los nudillos la puerta de la adivina, que se encontraba, me olvidaba mencionarlo, en ese mismo piso. No sé cómo me reconoció, ya que me contestó desde el otro lado de la puerta. "Ha, es usted. Pase para adentro no más. Ya me desocupo". Era una suerte. Ya me había hecho el ánimo de que tendría que despertar a la vieja a gritos, o pateando la puerta, porque aparte de ser medio sorda, no oye nada por un oído, el derecho me parece, y siempre que habla con uno ladea un poco la cabeza. Además de que tiene el sueño muy pesado y las siestas que se pega terminan por lo general casi en la noche. Y pensaba que iba a tener que irme con ella hasta el consultorio, a ella siempre le gustaba que yo la acompañara "acompañeme pues, Pancracito, no sea malo", para conversar, y a mí me daba un poco de plancha, sobre todo de que me vieran las chiquillas que trabajaban en la panadería de la esquina, que conocían a Sergio y a Polo, mis dos amigos que vivían cerca, y una, la que estudiaba, le

había dicho al Sergio que la otra vez había visto a su amigo el flaco con la gitana loca. La vieja era tan estrambótica para vestirse. Y no era gitana. Pero por lo que parece, también atendía aquí en la pensión. Seguramente para evadir a los de impuestos internos. Empujé la puerta y entré en un cuarto morado, sin ventanas, sólo con un tragaluz allá arriba, en el techo muy alto, como los de todas esas casas antiguas del sector, oscuras, frías y venidas a menos pero que mostraban un pasado esplendor. Si hubiera habido más luz, ese morado habría resultado chocante y de mal gusto, pero así parecía incluso un poco siniestrón, muy adecuado como ambiente, muy kitsh. No podía llamarse luz la lucecita miserable que provenía de una lámpara de araña, que colgaba del techo, con una pura ampolleta de veinte voltios, más encima con pantalla. Había objetos y muebles que me fue imposible precisar. Una mujer deslavada, con aspecto extranjero y vestida sin gracia se sentaba con la Adivina ante una pequeña mesita de naipes. Era una mujer bastante atractiva, alta, un poco maciza, por lo que podía ver con esa luz y sin mirarla de frentón para no parecer roto. Había otra silla que había visto con el rabillo del ojo, adosada contra una pared. Ya me disponía a ocuparla, pero vi muy instalado en ella al gato famélico y negro de la adivinar, que me miraba con ojos como dos rendijas amarillas. Permanecí a la entrada del cuarto, intimidado, mirando hacia adentro. Al fondo, en la luna sucia de una espejo, podía vislumbrar una réplica del cuarto: Yo, en el umbral, la silla y el gato, en la semipenumbra. La adivina y la mesa. La otra mujer. Y el perfil grotesco de la adivina realzado por el violento juego de luz y sombra. Y el marco (del espejo).



La divina decía algo de las "malas influencias". La cara de la otra mujer parecía una máscara desprovista de vida. Ahora le decía "¿compró el diario esta mañana?". "Dicen que la gente ha visto platillos voladores sobre la zona central. Para mí que es esto lo que provoca tantos crímenes". La mujer permanecía en silencio, con sus ojos azules, me daba cuenta ahora, vacuos e inexpresivos, y las manos que, lacias sobre el tapete, tendían a cerrarse, como unos animales agonizantes, llenas de pecas. No sonaban ridículas las palabras de la adivina. En ese cuarto se podía hablar de cualquier cosa. Ahora que me fijaba bien, la otra mujer tenía una expresión vaga, medio desdibujada y como ausente, como si una gran pena, o un gran dolor, se hubieran abatido sobre ella, y le hubiera llevado toda la vida, que fuera algo ya muy remoto que no le había dejado ni una chispa de vitalidad. Una expresión como las de esas mujeres violadas por los serbios en Bosnia que uno ve a veces por la televisión. Pensé. O una de esas viudas a la antigua, inconsolables, pensé otra vez. El hecho de que fuera rubia me chocó; era la segunda rubia con que me topaba. En realidad, con la de la mañana no me había topado, la había seguido por cuadras, y no por primera vez, como ya he dicho. Pero cómo podía haber dos rubias tan diferentes como esta mujer y la niña de la mañana. Casi podría decir que había un aire de familia entre ellas. Como si la niña de la mañana se hubiera convertido, al cabo de unos veinte años, en esta otra, luego de los avatares de una vida quizás dura, llena de sufrimiento, pero no en lo material. La mujer que hablada con la adivina vestía caro, aunque sin ningún gusto, o como si se hubiera echa-

do encima lo primero que había sacado del closet. Por un momento tuve la impresión de ser un viejo que ha dormido veinte años como el Rip Van Winkle y que al despertar se encuentra de repente a la mujer ilusión de su juventud que se trasluce como una efigie deslavada detrás de la piel de esta otra mujer madura, desengañada y vivida en que se ha convertido. Comparaba ahora mentalmente mi figura y la del otro, del novio de la niña que había entrado con tanta seguridad a la casa: Alto y gallardo, bien vestido, de rasgos decididos y definidos, mientras mis ralos cabellos eran color ratón y mis vagas facciones parecían huir ante mi propia mirada cuando me miraba en el espejo. Quizás este era el aire soñador de que hablaban los mayores durante mi infancia, y que me ganaba las caricias de las señoras amigas de mi abuela y la consideración de mis profesores. Y que más adelante me ganó el desprecio, cuando no la hostilidad de mis condiscípulos en la escuela, y hasta no hace mucho, me hacía un pájaro fácil para toda suerte de cuenteros y mendigos borrachos. Estaba tan ensimismado en estas cavilaciones, que la mujer rubia salió sin que me diera cuenta. La adivina me hizo una seña para que entrara "no se quede ahí parado en la puerta", me dijo, y desapareció por una puertecilla de la que no me había dado cuenta. Entré y me senté en la silla que había ocupado la clienta. Por lo general, me molesta sentarme en sillas o asientos que han sido ocupados inmediatamente por otra persona. Pero es esta oportunidad este calorcillo era casi erótico.

Si me resultaba el trabajo, me compraría un terno nuevo, de ese género que los ingleses llaman he-

rring bone tweed y me haría un corte de pelo a la moda. Esperaría un día domingo en que la muchacha saliera de su casa en la mañana, a misa, claro, se suponía que tenía que ir a la misa de once, y le preguntaría por una dirección. Yo le iba a decir que venía llegando de provincia y no conocía las calles. Entonces ella me guiaría (la dirección quedaría por el barrio) y empezaríamos a conversar. De esas ensueños me sacó el ruido de la cadena, y la salida del baño de la adivina, que me tomó la mano. Sentí un contacto frío, como si al meterme en la cama, tropezaran mis pies con una serpiente. La Adivina me ponía una tarjeta en la mano. Luego me condujo hasta la puerta por el codo con una firme gentileza y cerró la puerta tras de mí. Levanté la mano con ese rectángulo blanco, de cartón. Lo acerqué a mis ojos, pero no pude leerlo, ya que no había casi luz en el corredor. Me encaminé a la pieza. Luego que hube entrado, busqué a tientas el velador, donde estaba la lámpara. Extendí la mano buscando el interruptor, pero erré, botando en cambio la lámpara al suelo, que se hizo añicos. "Mierda", dije "Por la chucha", y me quedé en la oscuridad, con el cartón en la mano. Pensé en tocar la puerta de la vecina de la falda roja y los tacos (Sara), pero el carácter de la escena que me quizás vería obligado a interrumpir, arriesgándome de paso a recibir un tallerinazo, me hicieron echar pie atrás.

Aún sin entrar, el olor que venía de la pieza de la muchacha me hacía insoportable estar parado allí, frente a su puerta. Hay que considerar que apenas había comido en todo el día y que el estómago se me

tendía a revolver por cualquier cosa. Los nervios y la debilidad me agarran siempre por el lado del estómago. Siempre lo he tenido medio delicado. Me carga el olor a pachulí. Además de que Sara nunca abría las ventanas, aunque a veces (no esa noche), quemaba un poco de incienso. Una sola vez había entrado, en circunstancias de las que no puedo hablar y por las que la muchacha me guardaba una gran agradecimiento. No todos sus conocidos estaban dispuestos a escucharle sus desilusiones, sus sueños, la historia de su vida. Además, cuando un cliente se le ponía violento, estaba muy borracho o no se quería ir, me daba con la escoba un par de golpes en la pared divisoria, ya que éramos vecinos de pieza, y yo me apersonaba y golpeaba la puerta, presentándome como su novio de ella, o el boifrén, como le ella dijo una noche un gringo gordo que estaba poniendo medio pesado, que iba a llamar al boifrén. Y entonces había aparecido yo.

Respecto a lo mismo, un día, alguien (no recuerdo quién) me había dicho "Mientras se mantiene una ventana abierta, por donde pueda entrar aire, y a veces, un poco de sol, uno no ha decidido morirse todavía". Pero eso no viene al caso.

Por fin me decidí. Bajé y salí a la calle. Caminaría las dos cuadras, hasta el boliche donde Sergio era mozo. El hambre me arañaba en la boca del estómago. Quizás, como otras veces, me pasaría a la cocina, si no estaba su patrón. La otra mesera era una niña morena, de edad indefinible y muy callada, que nunca decía nada, que además lavaba los platos

o barría. Yo la ayudaría a ella a lavar platos y él me daría algunas sobras o recortes. Yo leería la tarjeta y conversaríamos de las farras a que lo iba a invitar cuando estuviera trabajando.

## V

Esa noche encontré a Sergio amasado y dispuesto. Prolongamos las libaciones. Yo pronto recibiría algún dinero, ya lo daba por hecho, y mi amigo decidió que celebráramos "como caballeros" la buena nueva. A propósito, no era una tarjeta, era un cuadrado de cartón con una dirección, y abajo la frase "para un trabajo bien pagado" y más abajo la hora. Pero la hora me llamó la atención incluso en esa primera oportunidad. Pero pensé que si se trataba de alguna de las clientas ricachonas de la "Madame", como él la llamaba, el trabajo sería bueno, y no esa gente no se iba a estar limitando por los horarios que seguían los pobres pelafustanes oficinistas que éramos nosotros. Al calor de las copas, me pidió que si me llegaba a colocar, no me olvidara de él. Yo tenía la cabeza más firme y mientras me pintaba su trabajo como no de los mejores, y me hablaba de su infancia entre los cerros de Valparaíso, yo pensaba en uno o dos puntos oscuros: No me había gustado la mirada de la Adivina cuando le había hablado de mis apremios y me parecía rara la hora de la "entrevista". Cerca de las tres de la madrugada nos despedimos y quedé de ponerme al habla con él tan pronto supiera exactamente de lo que se trataba. Como siempre, me soltó unos pesos.

Pasé el otro día como mejor pude, devorado por la impaciencia. A las siete de la tarde me puse a escobillar mi chaqueta (la veintiúnica) y a lustrar con saliva mis zapatos. Estaba más o menos presentable cuando terminé de peinarme, ayudado por una peineta vieja y un pedazo de espejo que para esos efectos había sujetado con tres clavos a la pared de la pieza. Salí con anticipación de la pensión, cerciorándome de que la patrona no estuviera visible, y me dirigí al lugar de la entrevista. No quedaba muy lejos de allí.

## VI

No tuve mucho que caminar para llegar a mi destino. Era una casa de techo alto, de esas tan comunes que quedan todavía por el sector Avenida Matta. Había una puerta grande, con cristales, sumida en un umbral de piedra o concreto, como una ojera que contuviera un ojo profundamente enterrado en ella. Luego vendía un largo pasillo que remataba en un patio interior. Eso lo sabía ya antes de golpear la puerta. El pasillo estaría bordeado por las puertas de las habitaciones, parecidas a las de la pensión, que serían viejas y oscuras. En resumen, era una casa vieja típica del sector, de esas que el gringo gordo cliente de la Sara dice que en otros países las declararían herencia nacional. La dirección exacta no puedo darla por motivos que más adelante conocerán. Además de que no sé si me podría ubicar, estaba bastante oscuro, y como dije, esas casas son todas iguales. Llamé. Una campana se dejó oír en las entrañas de la casa. Pude notar, cuando sentía unos pasos que remotos se acercaban a la puerta, que las ventanas que daban a la calle estaban tapiadas.

"¿Usted viene por el trabajo o por el aviso del periódico?". Permanecí confuso ante la pregunta. Luego dije que venía por el trabajo. "Ah, ¿y quién lo



manda?. "La señora que echa las cartas", respondí. "Supongo que le habrán dicho las condiciones del trabajo y el comportamiento que el patrón precisa". "Si", mentí. No podía darme el lujo de que me pillaran en desventaja. " Pero no mucho". "Si el patrón lo encuentra chévere, puede darse por aceptado". Mientras seguía a la anciana sirvienta hacia las profundidades de la casa, se me ocurrió que se parecía a una vieja rata arrugada y ciega y además que era lo más posible que el aviso del periódico se refiriera a una secretaria o algo así. Me alegraba no estar en ese caso. Eso significaba que mi trabajo era algo más interesante y no tan encasillado, más acorde con mi naturaleza inquieta, y, según han dicho antes mis padres y maestros, poco amante del orden, y, de alguna manera, del trabajo. Cosa que no es absolutamente cierta, aunque el Sergio me había puesto el sobrenombre de Sarochi Kid, el sarochi es ese estrés que les baja a los ejecutivos japoneses.

"Pase por aquí. Y tome asiento". Yo miraba el linóleo oscuro y gastado que cubría el piso de parquet. Entramos. Ella me precedía. Antes de proseguir debiera decir algo sobre esa mujer, ya que nunca volví a verla. Pero no nos detengamos en futilidades: ya habrán leído, o tendrán oportunidad de leer, miles de veces esa descripción en los periódicos. Estábamos en una pieza grande y oscura, una de las primeras del pasillo, que me imagino que hacía las veces de recibidor. Allí había una mesita de patas retorcidas hasta la monstruosidad y barnizada de un tono café casi negro, una mesita de estilo y evidentemente antigua que se habría arruinado con una

capa de pintura café, y varias sillas, una de las cuales ocupé. Estuve sentado algo así como diez minutos, hasta que se abrió una puerta en la que no me había fijado, opuesta a la que daba al pasillo, por la que había entrado. Debo repetir que la luz de la habitación era escasa, lo que me había impedido ver un gran escritorio, al que se sentó el individuo que entró. "Buenas noches", me dijo. Al mismo tiempo accionó el conmutador de lo que supuse era una lámpara de mesa, pero no la podía ver bien. Muchas ampolletas se encendieron de golpe y cerré por un momento los ojos, deslumbrado. El hombre me hizo varias preguntas de rigor en esos casos (es decir, cuando se contrata a alguien, estado civil, estudios, antecedentes laborales, etc.) y después me dijo unas palabras que entonces me parecieron oscuras. "Seguramente que la señora Gherda (la adivina se llamaba Irma) le habrá dado algunas instrucciones sobre su trabajo. Está de más repetir las. En todo caso, luego de esta entrevista, tendrá una pequeña conversación con mis colaboradores. Y vuelvo a recomendarle una vez más, como Gherda ya seguramente lo habrá hecho, que debe usted guardar la más absoluta discreción. Hay muchas personas que pagarían en oro la posibilidad de trabajar conmigo, y no sólo en este país". Ahora que me fijaba, el hombre hablaba con un acento raro. "En cuanto al sueldo, no varía respecto a lo que ella le ha indicado. Espero que esté satisfecho", prosiguió. Balbuceó "Sí, cómo no". Entonces me dijo "Ahora puede pasar a la pieza del lado, si me hace el favor".

Era evidente que se trataba de un malentendi-

do, o que la adivina era algo más que una vieja embaucadora. Pero oír llamar Gherda a una mujer evidentemente criolla, descendiente de mapuches (me parecía a mí), y que ni siquiera sabía leer correctamente el castellano, me parecía una locura. Hay muchas mujeres que usan un nombre de batalla, en la vida social o en los negocios, he oído de niñas jóvenes que usan un alias en los clubes nocturnos, y ahora en los grupos de conversación en el Internet, pero me parece que en general esos nombres guardan algo de común con la portadora real, la descripción de un rasgo, etc. . Tenía que tratarse de otra persona. Al salir al pasillo vi en que en el fondo del patio se desarrollaba una escena confusa. Me pareció que algunas sombras más sombras que en las que se movían, arrastraban una especie de fardo por el piso. Estaba parado, tratando de horadar la oscuridad cuando me interpellaron desde la pieza del lado, a la que se suponía yo debería entrar: "Ya pues, no lo vamos a estar esperando toda la noche". Entré en la pieza. Era mucho más chica que la anterior. En ella no había ningún mobiliario, salvo unas esteras de totora en el piso. En la pared, como único adorno, había un retrato, muy antiguo, que representaba a un gentilhomme de barba florida, en cuya mirada fulguraba una luz satánica, y que me dio la absurda impresión de que me miraba. Unos cuantos sujetos de apariencia común y edad indeterminada, que no podría reconocer si me los encontrara en la calle, estaban sentados en el suelo con los brazos cruzados sobre las rodillas, algunos fumando. En el fondo, de pie, había una mujer joven, mejor diré una chiquilla, morena y delgada, pero con unas formas angulosas

y sensuales, que vestía unos pantalones negros ajustados, de cuero y una blusa negra, un poco como una roquera. Llevaba un collar del que pendía una calavera pequeña, al parecer de plata. De pésimo gusto, pensé, aunque el cultivo del mal gusto y lo grotesco parece ser una cosa buscada entre sectores cada vez más amplios de la juventud.

Más adelante, cuando me fijé en sus ojos, y más aun, al escuchar su voz, comprendí que ese amuleto era un ingrediente más de una mórbida sensualidad buscada, que se integraba a la delgadez, al pelo teñido negro casi azul, ya que era demasiado oscuro para ser natural, la tenida de cuero negro y la extremada palidez del rostro, en el que resaltaban los enormes ojos negros, seguramente también muy maquillado. Estuve de pie unos minutos, y para romper el hielo, le pedí un cigarrillo a uno de los sujetos. Por lo general, yo soy bastante vergonzoso, casi tímido. Pero tengo unos arranques de osadía: de repente me encuentro haciendo cosas o en situaciones en las que no sé cómo me he metido. Y no me pasa solamente cuando estoy medio tomado. Además que íbamos a ser de alguna manera compañeros de trabajo. De ése es del único individuo que me acuerdo. Un joven de ojos azules y facciones semíticas, (perdonando la expresión). "Por cierto", me dijo como se recién reparara en mí y se disculpara con su mirada poco cortés indiferencia. Me lo alcanzó. Ahora todos los ojos estaban fijos en mí. Entonces ella me dijo: "Tome este paquete. Debe llevarlo al correo de San Bernardo y lacrarlo, y enviarlo urgente a la dirección escrita en este sobre. Tome". Y me alargó primero un sobre común, abierto, dentro del cual se veía una tarjeta, y

luego, me señaló un paquete de forma irregular y de tamaño mediano, que si bien no parecía pesado, parecía sólido, forrado con papel grueso, café, del que se usa habitualmente para envolver las encomiendas, que estaba en un rincón. Ahora ella seguía hablando, se dirigía a mí, pero no me gustaba el tono autoritario con que lo hacía: "Mañana debe volver a esta misma hora". Tomé el paquete y me disponía a salir, pero ella me tomó por el brazo. A través de la tela del vestón me llegaba el calor húmedo de esa mano. "Aquí tiene un pequeño adelanto", me dijo. Yo trataba de mantener la actitud solícita y sin embargo sería de un empleado nuevo. Me preguntó de improviso "Cómo te llamas" y los ojos le brillaron con picardía. Sostenía ahora un sobre blanco en la mano. Hizo ademán de pasármelo, pero al ir a cogerlo retiró hacia atrás la mano, jugueteando. Por fin me lo entregó mientras yo me ponía colorado: "No te olvides, mañana a las nueve. Te espero".

## VII

Le tercera es la vencida, me dije. Había comenzado con la niña a la que había seguido en la mañana (no sé porqué en mis fantasías le había dado el nombre de Estela), seguido con la mujer rubia que estaba donde la adivina. Y terminaba con esta otra niña, que me quería ver al día siguiente: la tercera es la vencida. Confundido y excitado salí de la casa. En la puerta casi tropecé con un hombre corpulento, de cabellos blancos, que entraba en la casa en ese momento casi a la carrera. Era muy tarde. Casi no había locomoción y mi cansancio y la posibilidad de cogoteros me desanimaban de dirigirme caminando a la pensión, aunque no creo que serían más de diez cuadras. En todo caso decidí tomar un taxi, un lujo que pensé que me podía dar con mi flamante primer pago. Tomé el sobre blanco, mientras depositaba el paquete en el alféizar de una ventana (la mayoría de las casas del sector no tienen patio y las ventanas dan directamente a la calle). Calculaba que me iban a pagar al día, como a la gente que se contrata para trabajos ocasionales, ya que por lo que podía darme cuenta, mis funciones se limitaban a las de un junior de confianza, ya que no había llenado ningún formulario ni pasado por ningún examen y además había obtenido la pega nada más que por recomendación

de un amigo (en este caso amiga). Por lo tanto, no podía haber más de unos tres mil pesos en el sobre en el mejor de los casos. Eso no me alcanzaría ni para pagarle los tres meses a la dueña de la pensión, ni menos los reiterados sablazos al Sergio, aunque para mí, completamente pato, representaba bastante plata. Debo decir que esto de llevar las conjeturas al detalle antes de verificar los hechos es una manía que tengo. O una característica. En todo caso, ante la imposibilidad de que dicha suma me permitiera cumplir con mis compromisos económicos, esta pasaba a ser en cambio la posibilidad de una cantidad de pequeños lujos, entre ellos y ahora teniendo la primera prioridad, tomar un taxi. Iba a abrir el sobre, cuando recordé de repente la alusión a la tal Gherda, y que primero tenía que entregar el paquete. Ese dinero no me lo había ganado todavía. Pero así se habían dado las cosas y no era mi culpa. Recordé que por otro lado no yo había entregado ningún dato por escrito, ni me lo habían pedido, ni siquiera el nombre, ya que mi empleador me había preguntado nomás, pero no había visto que escribiera nada. La otra posibilidad era que hubieran tenido una grabadora escondida, algo así. Pero es muy tirado de las mechas. Me habían dicho que tenía que volver al día siguiente a la misma hora, para una segunda cita nocturna, se evitaba todo posible contratiempo. Si me mantenía con un perfil más o menos bajo, y me cuidaba un poco, se iban a olvidar ligerito de mí. Si la otra mujer le preguntaba a la adivina, yo le podía decir que el asunto me olía raro y no había ido, o que e había perdido la tarjeta. Una vez ella me había dicho que lo que pasaba era que la juventud de ahora no

quería trabajar, si uno quería trabajar se trabajaba en cualquier cosa, y me miraba a mí, que me hacía el leso. Por otro lado, la adivina, que era en el fondo la responsable de todo el embrollo, se guardaría muy bien de echarme al agua.

El sobre se notaba bastante abultado. El dinero debía estar en billetes muy chicos, seguramente teniendo en cuenta gastos como los de locomoción, que eran lógicos de suponer en un mensajero sin locomoción propia, para lo que se necesitaba sencillo. Mejor, me dije, así no tendría problemas con los vueltos. El paquete, a su vez, era bastante pesado. Decidí pasar a un café que se veía en la vereda del frente, para contar el dinero, ver la dirección del sobre, por mera curiosidad, y llamar a un taxi por teléfono. Entré. El Wurlitzer estaba tocando unos tangos, que se estaban poniendo otra vez de moda. Con precaución, para no incurrir en grandes gastos, encargué un café y un lomito, que me dijeron que no había a esa hora, decidiéndome entonces por una pichanga. Puse el sobre encima de la mesa. El bulto lo deposité en el suelo, a mi lado. Lleno de impaciencia, destrocé la gruesa cartulina blanca del sobre y metí la mano dentro. La retiré llena de billetes. Durante unos instantes no atiné a nada sino a mirar el puñado de billetes de a cincuenta y cien mil pesos, y uno que otro de mil. Y quedaba la mayor parte en el sobre. Miré receloso a mis vecinos. Nadia se había dado cuenta. En la mesa de al lado, un hombre gordo, en mangas de camisa, se reía de algo que le decía el mozo. No había habido rocha. Guardé el sobre y el dinero en un bolsillo e inmediatamente cambié el pedido, llamando al garzón.



Una hora más tarde, y con algunas copas, me bajaba de un taxi en mi pensión. Una vez arriba, en mi cuarto, deposité el paquete en el suelo y me dediqué a contar el dinero a la luz de una vela "Un año trabajando para esta gente, me independizo y pongo un bolichito de libros y revistas usadas", pensé casi en voz alta.

## VIII

Me dormí, o mejor dicho, me estaba quedando dormido, cuando fui despertando por una idea: A lo mejor ese dinero no me estaba destinado. A lo mejor, la mujer a la que llamaban Gherda, que no podía ser la adivina, sino que la rubia mujer madura que estaba con ella, y que ahora que me acordaba, tenía un aire alemán inconfundible, había mandado para ese trabajo a otro hombre, alguien que hasta ese momento no había llegado. Una confusión casi intencional del destino y de la adivina, siempre en las nubes, había hecho que yo llegara a esa dirección. La tarjeta. Pensé. Me levanté desnudo y prendí la lámpara. Miré en la mesa, en el velador, me registré los bolsillos, les di vuelta el forro. Nada. Era inútil. La tarjeta la había botado o se me había perdido. No pude resistir más los nervios y me vestí. A los dos minutos estaba golpeando la puerta del cuarto de la adivina. No me sorprendió encontrarla vestida, con los ojos abiertos y brillantes, como una lechuza. Recordé que una vez me había dicho "Hace mucho que no puedo dormir como la gente". Era cierto. Allí estaba, levantada, con su bata de casa de color indefinible y sus vistosas joyas de fantasía.

Le disparé a la cara mis preocupaciones, pero

me detuve al darme cuenta que no se había enterado de nada. "¿Qué le pasa, joven?, ¿Está borracho?". "Señora: ¿Usted me dio una tarjeta para que fuera a buscar un trabajo?". "Mire joven, perdone. Le rogaría que me devolviera la tarjeta que le pasé. Debe habersele quedado a alguien que vino a verme. La suya la tengo por aquí. Ya la traigo". "Pero si ya fui a la dirección y ya estoy contratado. Y hasta me han dado un anticipo". Luego de quedarse un momento callada, dándole vueltas a lo que le había dicho, movió la cabeza, desolada. Dijo "Yo me dedico a ver la suerte. Nunca se me pasó por la mente que yo pudiera caer en las redes de la Fortuna". Una expresión resignada se extendió por su rostro. Luego de unos instantes, la vi más serena, casi impassible. "Lo escucho". Dijo. No me sorprendí mucho de esa actitud, ya que ella estaba acostumbrada a recibir a todo tipo de gente con problemas y sabía acomodarse a las circunstancias más raras que pudieran brotar dentro de un diálogo. Me hizo pasar, y encendió la luz, ahora velada por un trapo rojo. No me había fijado en mi visita anterior en un loro disecado, parado en una percha, que se rascaba sin fin un parásito, con la cabeza bajo el ala. Me hizo sentar en la mesita de naipes, a la que el día anterior estuviera sentada la mujer rubia y descolorida. Me fijé asimismo que un sector de la pared estaba empapelado con recortes de periódico. Le conté paso por paso los sucesos de esa noche, omitiendo a la niña de negro y pinta de punk que estaba en la casa, la que me había pasado el dinero, y mis gastos en el restorán y en taxi. Pude ver que su expresión se iba alterando paulatinamente. Le temblaba la papada. Le mencioné, no sé porque,

ya que era absolutamente irrelevante, mi encontrón en la puerta de la casa al salir con el hombre grande y cano. Eso la hizo empalidecer aún más. Luego comenzó a lamentarse, llorando sobre su mala estrella, y hablaba de un desquite, del pago de una culpa. Eso no me inquietó mucho, ya que conocía sus frecuentes estados anormales, por llamarlos de algún modo, y siempre salía con cosas medio raras. Esto por lo demás es frecuente en toda esta gente con vocación por lo "oculto". Traté de hacerla volver en sí. Estaba como poseída, sollozando y gimiendo, alisándose de cuando en cuando el pelo hacia atrás. Yo permanecía un poco como ajeno a todo eso, como si tuviera sentado en un cine de barrio, viendo una película mexicana. Era el cansancio, supongo, y las recientes emociones, que me habían embotado un poco el sistema nervioso. Luego se calmó. Ya había pasado bastante rato, aunque no podría precisar cuanto. Me sorprendía eso sí, que la mujer se lamentara por ella misma, de esa manera escandalosa, y que no se diera mucha cuenta de que el que estaba metido en el medio del ajo era yo. Eso me parecía un egoísmo monstruoso, como si le estuviera vedada toda posibilidad de sufrir o siquiera entender lo que no fueran sus propios problemas. Cualquier manifestación mía de incertidumbre o desesperación quedaría minimizada o ironizada frente al exagerado espectáculo de su propia desgracia. Por fin se desplomó sobre la mesita, golpeándose la frente con tal violencia al hacerlo, que me sobresalté. Allí se quedó, con la cabeza sobre los brazos, sollozando muy despacio. Yo, llevado por un impulso, atiné a acariciarle los canos y desordenados cabellos y le alcancé mi pañuelo.

Ahora se había convertido en una pura viejecita que sufría. Recuerdo haberle dicho "Si me necesita llámeme nomás, o mejor, vaya a golpearme la puerta". No sé si me escuchó. Yo salí tambaleándome como un borracho y apenas estuve en mi cuarto me desplomé vestido sobre el lecho.

## IX

Un olor me despertó. El humo entraba a raudales por la puerta de la pieza, que en mi apresuramiento de la noche anterior había dejado entreabierta. El corredor se veía blanco de humo. Había un confuso rumor de crepitar, de llanto, de gritos de gente. No tardé en darme cuenta de lo que sucedía. Había fuego. Era un incendio. Tomé la frazada de mi cama en un acto que aún me asombra y comencé a golpear las llamas que pugnaban por introducirse a mi cuarto. Defendí desesperadamente la cama. Sabía que llegando allí las llamas encontrarían alimento suficiente con la colcha, la almohada, el colchón, para propagarse por todas partes. La ventana que rompí como pude con un zapato, fue mi salvación. Si no me hubiera muerto asfixiado. Quizás también fue providencial que hubiera dejado la puerta sin cerrar. Si no, me hubiera dado cuenta demasiado tarde. Pero al romper la ventana se produjo un tiraje que hizo que las llamas redoblaran sus esfuerzos por extenderse por el cuarto. Un ejército de gente subía por las escaleras con un batir de paños mojados sobre el suelo, las paredes. Ya casi dominaban el fuego. Escuche que la gorda dueña de la pensión le decía a alguien "Ya sabía yo que algún día haría la grande esa vieja loca". Entonces parece que me desmaye.

## X

Desperté al medio día (calculo). El piso permanecía mojado. A mi lado estaba la dueña de la pensión, que desde mi posición horizontal me parecía imponente, brotando su cara agria detrás del enorme vientre y los abultados senos que aparecían en primer plano. Había junto a ella un individuo gordo, de bigotes y aspecto trasnochado, que más tarde supe era un inspector de policía, es decir, un tira. Este último pretendía interrogarme. "Nombre"- "Pancracio Fernández"- "Profesión"- "Estudiante"- . Y siguió con su interrogatorio, el segundo en esos últimos días, pero mucho más preciso, tirando preguntas por todos lados. Luego siguió con la dueña, a la que oía vagamente responder "Sí, no estaba en la pieza. No se llevó nada. Yo creo que trató de incendiar adrede la casa, porque me odia. Me debía dos meses". Ahora le tocaba el turno a la dueña de desquitarse. Sabía que la adivina había andado por ahí diciendo que ella era una vieja rota. "¿Cómo?" - "Irma González"-- "Adivina"---"Sí, tenía mucha clientela, pero era una vieja avara, manito de guagua como se dice . La plata seguramente la tenía debajo del colchón"--- "Si, ha sido arrendataria desde hace casi diez años".

Los daños resultaron escasos. La pieza de la adi-

vina estaba totalmente destruida y tan a mal traer, que en efecto no creo que vuelva a arrendarse. Va a costar bastante caro pintar la pared exterior para ocultar las huellas del humo que esa noche había brotado por la ventana. La pieza de Sara, una muchacha que ejercía la prostitución ocasional con el visto bueno de la patrona, había resultado parcialmente destruida. Y eso era todo. Cuando todos hubieron salido, verifiqué la presencia del paquete, debajo de la cama, y del sobre, en el cajón del velador. Por dos motivos. Uno: Era fácil que alguien se hubiera aprovechado, y dos; para cerciorarme que no había sido todo un sueño.



## XI

El incendio trajo cola. Más o menos a las tres de la tarde, Sarita golpeó tímidamente mi puerta. Yo la hice pasar. Ella entonces me abordó con un rosario de súplicas que se pueden resumir de la siguiente manera. Ella tenía que irse, porque no había otra habitación en la pensión y la de la adivina y la de ella misma estaban inhabitables. Pero estaba acostumbrada y la patrona le aguantaba llegar tarde y los atrasos (frecuentes) en el pago. En suma, no tenía dónde irse. A estas alturas se quedó callada y yo, que maliciaba ya donde iría a parar, la insté a seguir: "Sigue por favor. ¿Y cómo puedo yo arreglar todo eso?". En resumen, quería que yo le prestara un ladito de mi pieza (que a decir verdad era bastante grande; mi cama y el velador navegaban en una esquina del cuarto). Se lo concedí. Ella aludió a su falta de dinero. Insinuó más que dijo, ciertos favores que podría hacerme en pago de mi generosidad. Molesto por los circunloquios, traté de cortar por lo sano: "De acuerdo, pero si te vas a trasladar para acá tienes que lavarte. Cámbiate cuadros de vez en cuando". Yo esperaba que se ruborizara, o se sintiera humillada, yo no quise ofenderla, pero en cambio se echó a reír. A decir verdad, siempre he sido sensible a los olores. Tengo muy buen olfato. Eso es una compensación,

ya que soy un poco corto de vista y sé que en unos años voy a tener que usar anteojos, como mi padre que en paz descansa, y como todos mis tíos. Además, me excitaba bastante el desaseo en la niña, los olores, la humedad. Y eso me pasa con las mujeres, en general. Siempre que no se les pase la mano Pero esta niña colmaba la medida. Le dije también que la ventana se mantendría abierta entre Septiembre y Marzo (Lo que demuestra cómo yo había caído en la rutina). Que no debía llegar borracha por las noches (varias veces la había sentido llegar en ese estado), que se mantuviera libre de drogas y que usara condones con los clientes; que no me metiera hombres a la pieza. Ruborizada como niña de escuela pública regañada por la profesora, me decía que sí a todo, con un hilito de voz, pero yo sabía que se trataba de una maniobra astuta. La mujer siempre cede ante el enfrentamiento directo. Pero tan pronto como se descuida uno comienzan a desplazarse lentamente, como babosas, o mejor como arañas que van tejien-do un capullo alrededor de uno, hasta que uno ya no puede efectuar ningún movimiento. Me dijo que iba a cambiar de vida, que una amiga que tenía un taller de modas le había ofrecido trabajo y que ella sacaría los moldes. La congratulé y la miré un rato mientras me fumaba un cigarro. Como yo tenía la sartén por el mango, es decir, que por ahora dependía de mí, le pedí que se desvistiera. Pude notar que se asombró por mi pedido, que no tenía nada que ver con mi tono anterior, casi admonitorio. Pero comenzó a hacerlo, con movimientos certeros, que denotaban su práctica de años. Una vez que se hubo despojado de toda su ropa, quería meterse en la cama. "Cómo se te ocurre,

cochina, ¿que no te das cuenta que estamos casi en Verano?" le dije bromeando. Luego le dije, señalando algunas partes de su cuerpo con el dedo; la cintura, el cuello, la cara interior de los muslos, detrás de las rodillas: "ahí tienes que pasarte piedra pómez". (Pero en la espalda, al final de la columna vertebral, tenía una manchita triangular, que era imborrable, la así llamada marca mongólica). Sus sudores rancios me mareaban casi, cuando me le eché encima. Pero la poseí, con la cara hundida en su pelo, pensando en la chica de pantalones negros y la calavera de plata de la noche anterior, a la que se superponían la imagen de la mujer madura rubia y sobre todo en la de la chica rubia, a la que había seguido la otra mañana, en unas circunstancias y en un estado de ánimo que me parecían ahora lejanos y remotos.

Cedí nuevamente al sopor. El desgaste de hacer el amor para mi organismo debilitado por tres meses de alimentación casi nula y abundante tabaco había sido grande. Le pregunté a Sara si cuando no trabajaba se despertaba temprano. Me dijo que sí. Le pregunté si tenía reloj. Me respondió que no. Le dije que se las ingeniara para despertarme a las siete. Luego me fui hundiendo en un sueño intranquilo. Lo último que se me pasó por la mente fue que todo el desbarajuste, esa manera ambigua y rara en que operaba la providencia, el primero el dinero, luego el incendio y ahora esa niña caída del cielo para saciar mis apetitos, que me habían hecho olvidar lo de la cita a las nueve. Cabía la posibilidad de que se hubiera presentado el otro sujeto, el recomendado real y entonces yo estaba frito. Cabía la posibilidad

de que aún no lo hubiera hecho. Entonces podría entrar en confianza con alguien, digamos, por ejemplo la muchacha pálida de pantalones de cuero negros, e inquirir por la mentada Gherda, ir a verla y averiguar el resto. Pero ¿Hasta donde estaba realmente dispuesto a llegar? Si las cosas seguían fáciles, seguiría hasta donde topara. Si no, abandonaba. Con esta solución provisional me quedé dormido.

Unas madejas de color se destrenzaban de las invisibles manos de la abuela para formar unos cabellos rubios y unas facciones doradas, casi y un vergel y una fuente en medio del vergel-miento-Ahora era una encina herida por el cayado de algún pastor, que derramaba de su herida un curso de agua. Ella aparecía, brotada del centro de una gran flor clara. El sol se ponía a sus espaldas. Un gesto de reproche le obscurecía el rostro.

Desperté gritando, bañado en sudor. Sarita me tocaba el hombro. Me levanté y me vestí apresuradamente, con las hebras del sueño todavía temblándome delante de las pupilas.

## XII

Sucedían por ese entonces sucesos extraños para alguien que no fuera un columnista de página roja, que a su vez se ven limitados en la comprensión de los hechos, pues no sabrían decidir cuando algo supera la media estadística con que la casualidad (o causalidad) maneja el mundo. Los periódicos estaban llenos de asteriscos rojos, o habían estado, en su momento de novedad, en las lejanas horas de la mañana: Se descubrían dos cadáveres de mujeres ensacadas en las aguas siempre turbias del Canal San Carlos, los dinoflagelados hacían estragos entre los moluscos de mesa, luego de crecer y multiplicarse por causas que los biólogos marinos de la Universidad de Concepción no acertaban a comprender, pero que puede ser la misma polución que hacía morir inexplicablemente a los sapos en Norteamérica. Cosa nunca vista, una manga de langostas se hacía sentir en los campos cultivados en los alrededores de Ovalle, y los mapuches habían sido testigos de una furiosa batalla de ranas:

"Más de tres mil ranas de cuatro variedades iniciaron una furiosa batalla que duró más de seis horas, según informaron hoy periodistas de la localidad. Los supersticiosos de la zona dicen que la gue-

rra de ranas ocurre antes de un desastre nacional. Según las mismas fuentes oficiosas, el último evento de dicha clase que se tenga noticias ocurrió en las vísperas del terremoto de Chillán. Un anciano sin embargo recuerda que la última vez que se produjo este curioso hecho natural, fué cuando mataron a Diego Portales. Eso le habría sido referido por su abuelo".

Luego se podía leer la siguiente historia, que quedaría más o menos como sigue, si eliminamos algunas peculiaridades no siempre respetuosas del (de la) columnista:

"José Fernández se quedó ese día nuevamente atado al lecho presa de una inexplicable modorra, la misma que lo había tenido encadenado el día anterior. No había podido cumplir en encargo de la Alemana, y sabía que de no encontrar una explicación satisfactoria que darle a la mujer, conocida en el ambiente del hampa, esta tomaría represalias que no se atrevía siquiera a imaginar. Hasta entonces, nunca la casualidad había interferido en ninguna tarea que tuviera que ver con el asunto. (Tanto las tareas como el asunto no aparecían especificados en el periódico). Había pues, indicios que mostraban que la intervención no se debía únicamente al azar, que parecía velar hasta entonces junto a ellos cada vez que tenían que realizar un trabajo. El padre Manuel (Seguramente otro alias) no se había vuelto a comunicar con ellos, y eso había coincidido con el viaje de los contrabandistas hacia Arauco, donde su pista desaparecía. Eso era un gran motivo de inquietud,

pero los jefes estaban envalentonados por el éxito fácil de los últimos años y se habían puesto duros de cabeza. Haciendo un esfuerzo de voluntad, se decidió a levantarse. Las visiones del delirio ocasionadas por la droga (quizás esa adicción explicaba su entrada en el mundo del delito) se resistían a abandonarlo así nomás. Salió vacilante a la calle. La zumbaba la cabeza. Echó a caminar hacia la calle en cuestión. Llegaría medio desmayándose, pero pediría disculpas por su tardanza. Vió que caminaba delante suyo un hombre que le parecía vagamente conocido, pero la fiebre no lo dejaba razonar. De pronto, entre los escalofríos, lo reconoció. Era el recién llegado. Todos parecían respetarlo. Quizás su mandato había sido impuesto por los de arriba. No se explicaba de otro modo que hubiera llegado haciéndose inmediatamente cargo de todo como un patrón. Los otros, como es natural, habían protestado, hasta que una entrevista con el jefe había puesto las cosas en su lugar. El hombre cruzó la calle. Andaba rápido. Sus cabellos blancos permanecían en su sitio pese al viento, como si estuvieran engominados. Brillaban al sol. José trató de alcanzarlo y se lanzó a cruzar la calle, pero fue arrollado por una avalancha de autos, lanzada hacia adelante por un cambio inesperado de la luz del semáforo. Cuando la policía llegó al lugar del luctuoso suceso, el cadáver era una masa irreconocible. Incluso el Inspector Benítez, hombre ducho y experimentado en más de diez años en la Brigada de homicidios, y respetado en círculos forenses, sintió náuseas ante su vista y se pasó un pañuelo por la boca".

El título de este intento de narración de crónica roja era "Extraño accidente cuesta la vida a hampón de nota". El recuento se había hecho en parte a base de antecedentes en posesión de Investigaciones, y en parte al testimonio de lo que se llama testigos presenciales. (Luego lo habrán tapado con diarios, en que se recortaban grandes titulares: "Guerra de ranas en Arauco" "Un nuevo crimen de ensacada" "Extraña plaga amenaza dejarnos sin el delicioso choro zapato").



## XIII

Terminé de leer el diario, mientras hacía tiempo y trataba de llegar a alguna decisión. Después de muchas cavilaciones, en que sopesaba los pro y los contra, y quizás contra otra decisión menos arriesgada, decidí despachar el bulto al día siguiente, lo más temprano posible. (Es decir, antes ya lo había decidido: lo que no había ni siquiera intentado era enviarlo). Intenté ponerme lo más presentable posible: me puse mi vieja chaqueta, luego de un escobillado minucioso y me alisé un poco el pelo con ayuda de un aceite fijador de la Sara. Me podé cuidadosamente el bigote que me estaba dejando, ya que eso me hacía (o yo lo creía al menos) más atractivo, y me daba más solidez. Acomodé el bulto bajo el catre, verificando de paso el estado del papel y las amarras. Saqué el sobre con la dirección del bolsillo interior de la chaqueta y lo abrí. La dirección no quedaba en San Bernardo, como hubiera sido normal suponer, sino a unas pocas cuadras de allí. Me encogí de hombros y terminé de arreglarme. Si los tipos me habían contratado por equivocación sin siquiera pedirme los antecedentes, y me habían dado ese sobre con plata, por equivocación o no, antes que hubiera hecho nada, esa equivocación estaba dentro del desorden que parecía imperar en esa oficina, compa-

ña o empresa en la que estaba contratado. No era asunto mío. Diría que el paquete estaba despachado desde ayer, si me preguntaban. Ah, cuando lo moví debajo del lecho, para acomodarlo más adentro, ya que no quería que estuviera muy a la vista, ya que ahora no vivía solo y no conocía las otras mañas que pudiera tener la Sarita, pude notar lo pesado que era realmente. Sara se desperezaba en el colchón en que dormía en el otro lado de la pieza. Le pregunté "¿Vas a salir?" "Si, llegaré como a las doce", me respondió. Esperé a que saliera, hojeando una revista pornográfica de las que ella había salvado del incendio, y que sin duda le ayudaban a enardecer a sus clientes maduros y luego salí tras ella, echándole llave a la puerta.

## XIV

Iba pensando de nuevo en cómo la tarjeta había llegado a manos de la Adivina. Las vitrinas que me salían al paso me entregaban mi imagen al mirarlas de reojo. Era claro, se le habría quedado a alguna de sus clientes. Mientras ella estaba en el baño o conversaba conmigo en la puerta, o mientras yo que yo había entrado al consultorio a buscarla, ya no me acordaba exactamente de lo que había hecho, después de todo lo que había pasado, sólo me venía a la mente la imagen de la adivina (la vieja, con sus dilatados ojos de pájaro, que lanzaba sobre el tapete las cartas manoseadas, brillantes de grasa, con las puntas casi romas). Al fin caí en la cuenta, después de mucho darle vueltas al asunto. Yo sólo había visto llegar a una clienta, a la que ya llamaba la alemana. Recuerdo que era temprano cuando llegué a la pensión y frente a la puerta se estaba estacionando un pequeño folkswagen azul. Era el mismo que ya no estaba por la noche, cuando me dirigí con el estómago atenazado donde Sergio. Seguramente era esa mujer (casi seguramente) rubia y deslavada, de las manos como pequeñas y agonizantes ranas pecosas. Entretanto, ya estaba llegando a la casa a la que me dirigía, bajo el solitario farol de la esquina. En el extremo de la cuadra, al frente, estaba el café en el que

había abierto el sobre. Dos casas más allá la ventana de repecho saliente, donde había dejado el paquete esa noche, para descansar y hacer un balance de la situación. Pude añadir otros detalles a los de la vez pasada (el día, o mejor dicho, la noche anterior). Parecía que una banda de albañiles locos hubiera intentado remodelar la casa infinitas veces, echando a perder su obra cada vez con renovada furia, para hacer ampliaciones, abrir una ventana aquí, alargar un ángulo hacia la vereda allá, poner una puerta moderna más allá. Pero las ventanas seguían tapiadas, y ésa era para mí la identificación más segura. Pero ahora viene lo bueno. Ya me faltaban unos metros para llegar. Me arreglaba la corbata con ese movimiento de mentón que nunca le gustó a Rebeca, una polola que tuve cuando tenía dieciséis años, mi primera novia, cuando vi a una mujer entrar en la casa. Me detuve en seco. Me pareció conocida.

Según sostienen algunos médicos que se encuentran en los suburbios de la profesión, muchas reacciones reflejas tienen como causa el conocimiento inmediato del peligro que efectúa nuestra vista y hace al cuerpo tomar las debidas precauciones, ante el escándalo de nuestra conciencia. Yo me agazapé tras un árbol, sintiéndome ridículo. Luego hice como que orinaba contra ese mismo árbol. Entonces, un escalofrío me recorrió la espina dorsal y se me erizaron los pelos de la nuca: Era la misma rubia deslavada del consultorio, pero sus manos, que habían descansado como animalitos muertos sobre la mesa de la adivina, se agitaban ahora con una gran vitalidad. Su paso era elástico y su rostro mantenía la

crispación que sigue a los grandes dolores o a las grandes voluptuosidades. No conservaba nada de ese aire alicaído y casi mortecino que había tenido en el consultorio de la adivina. El terror (que entonces pude justificar) me mantuvo pegado al árbol durante largo rato. La tarjeta no estaba destinada a mí, y la mujer que conocía a la adivina era su originaria. Ya no había posibilidad de que el asunto se disolviera en una niebla inofensiva, pero no iba a solucionar nada si me iba a meter a la boca del lobo. Por supuesto que ya no pensé en ir la casa, ni por todo el oro del mundo, y volví despavorido a la pensión. Al llegar a la esquina me encontré con Sara. "Te andaba buscando, Pancracio". El tufo que me echó indicaba que había andado en no muy santos menesteres. "Una señora preguntó por la señora Irma. Le conté lo del incendio, y empezó a transmitir de una tarjeta y la llevé a la pieza de la vieja para que me dejara de joder, y se puso a intrusear por los trapos quemados y todo eso. De repente me acordé de que la vieja me había dicho que tú andabas consiguiendo pega por el lado de ella, con las viejas que se sacan la suerte, y le pregunté si la vieja le había hablado de tí, que eras un joven estudiante, culto, que andabas buscando trabajo en cualquier cosa. Es una gringa medio gordita que venía todos los viernes a ver a la loca, seguramente la debes haber visto alguna vez. Anda en un auto azul chiquitito". Luego me dijo "Te está esperando y te mandó buscar. Me dijo que la adivina alguna vez le había preguntado si tenía algo para un joven medio loco que ella conocía y que vivía en la pensión. Yo le dije que tu conocías a la vieja más que yo". Al ver mi silencio y la cara que puse, se

comenzó a disculpar "Yo lo hice por mejor, por si te resultaba algo".

## XV

Luego que me hube calmado, porque me habían dado ganas de mechonearla, la tomé del brazo y le di instrucciones: Ella debería volver a la pensión y estarse con la mujer hasta que se aburriera y se fuera. Después debería venirme a buscar a la esquina. Luego de un instante, le rectificué. No hay nadie más sospechoso que un tipo parado en una esquina. Yo estaría comiendo algo en el café del Polo.

Ella protestó que era cerca de la una, que se moría de sueño, pero terminó por partir. Una vez que me hube instalado en el café traté de pensar con más tranquilidad, pero entre el humo y el ruido de las conversas y las fichas de dominó y los viejos que jugaban al cacho era hartito difícil. Algunos señores medio entonados armaban alboroto en la mesa del lado. Había un hombre con una inmensa panza, una cara roja a punto de estallar, que cuando reía opacaba todo ruido distinguible. No traté de pensar en nada. Me moría de sueño y de cansancio. Sólo me mantuve en el borde de la incredulidad, pareciéndome a ratos que el mismo café y todo lo que allí pasaba lo veía a través de un vidrio, o que estaba soñando. Desde hacía menos de dos días que las cosas se habían como disparado hacia no sabía dónde,

pero un vago cosquilleo de temor me anunciaba que en ningún caso hacia algún lado positivo.

En realidad, lo único realmente de temer era que yo había usurpado el papel del verdadero recomendado y me estaba gastando una plata que seguramente no era para mí, pero ahí la equivocación era de ellos, ya que el otro fulano habría hecho lo mismo. La aparición de la gringa había venido a complicar las cosas, pero como legalmente no había ninguna constancia de que me habían empleado, no podía pasarme nada. Sin embargo los detalles, el lugar ése, el tipo de trabajo y tanto misterio, la catadura de los fulanos, pese a lo poco que los ví, eran poco tranquilizadores, aunque no había nada concreto que poder señalar. Pese a todo la inquietud y a ratos el terror, no lograban separarse de mí. Ya que de cuándo acá las cosas se desarrollaban tan ordenaditas aquí, quizás menos que en otras partes, era difícil que me pudiera presentar a decir "miren cabros, hubo un pequeño malentendido, aquí no ha pasado nada, yo no he visto nada, me gasté unos billullos pero aquí tengo el resto, está casi todo, vé".

Si la cosa se arreglaba del mejor modo; es decir yo seguía trabajando allí, si el sueldo era en realidad lo prometido por el anticipo, si me aceptaban y era un trabajo normal, sentaría cabeza y volvería a Rebeca, a tratar de terminar mi carrera a tiempo parcial en la universidad. Ella, como un redentor (más bien redentora) redimiría todo lo pasado. Pero me conocía demasiado bien. Yo era un bellaco in medias res, capaz de pequeñas fechorías, pero que arrancaba



ante el verdadero peligro físico y moral. Ya estaba trabajando por debajo de estas elucubraciones una salida salvadora, pero con desgano, como ejercicio mental más bien, para distraerme y pasar el rato, ya que sabía de antemano que no haría nada.

Hablaría con la mujer rubia, sonsacándola, averiguaría si alguien más tenía conocimiento del embrollo. Si nadie más estaba metido en eso, cosa probable, me borraría del mapa yéndome a otro barrio a la mañana siguiente, me pondría a trabajar en cualquier cosa, total, como decía la adivina, si uno quería trabajar se podía trabajar en cualquier cosa, apaleando basura, en fin, limpiando los parabrisas de los automóviles, si me tiznaba un poco la cara, nadie me iba a reconocer. O trataría de convencer a la mujer rubia para que hiciera vista gorda y realmente yo podía ser tan bueno, o mejor, que el que ella había recomendado, si es que había recomendado a alguien. Como era joven y no muy mal parecido, pese a mis ojos chicos, un poco juntos, y el pelo un poco plomizo, aunque distaba bastante de ser un tipo realmente buenmozo, como el novio de la rubia de la otra tarde, podría llegar a un arreglo. Las cuarentonas siempre se agarran de la última tabla. En Europa y Norteamérica hay muchos tipos jóvenes que hacen una profesión de entablar relaciones con las señoras maduras con plata, y nadie se molesta por eso, y los andan llevando a todas partes, y les compran ropa y todo.

Esa dosis de cinismo no había resultado fácil de adquirir, porque en el fondo soy muy sensible, y provengo de una familia muy católica, como ya he dicho. Cuando era adolescente me gustaba pensar que los hechos de sangre se justificaban (quizás como

defensa ante mi sensibilidad) bajo el signo de la necesidad lógica: El asesinato de Trotzky era absolutamente justo y necesario desde el punto de vista de los objetivos y políticas de Stalin, en un momento en que esta política se identificaba con la supervivencia de la Unión Soviética. Yo estaba empezando (relativamente) a vivir y ella estaba doblando la curva y era rica (la calidad de su ropa y sus maneras, en el consultorio de la adivina, lo atestiguaban). Pero estos argumentos no me convencían ni racional ni emotivamente, ya que el corazón me seguía latiendo más rápido y fuerte que de costumbre y tenía un sudor helado (Además, había algo que se me escapaba: el conjunto de las circunstancias era demasiado extraño, demasiado repentino, y mis respuestas a las mismas no parecían las adecuadas, lo que hacía surgir en el horizonte otro viejo fantasma mío: el temor a la locura. En mi familia, y desde los tiempos de mi abuelo, se produce por lo menos un caso de esquizofrenia por generación). Y además, un razonamiento, pongamos por caso, no puede endurecer el corazón de un cobarde ni aumentar la fuerza del puño de una persona débil).

## XVI

Sara se acercó a mi mesa. Un hombre le pellizcó la nalga y ella le sacó la lengua. Al verla venir me di cuenta de que se parecía a Rebeca. Como el cerro Manquehue se parece al Fuji Yama o al Kilimanjaro. Pero era ese parecido el que me había hecho desear a la muchacha desde bastante tiempo antes, me daba cuenta ahora. En momentos de emergencia, el animal humano no sólo aumenta su secreción de adrenalina, o incrementa su instinto sexual, sino que su cerebro funciona con mayor claridad, permitiéndole asociaciones que nunca hubiera efectuado en un tiempo de relativa calma. Sara me comunicó que el camino estaba libre, pero yo casi deseaba encontrarme con la mujer para aclarar de una vez por todas la situación. En ese rato había cambiado totalmente de orientación respecto al problema, como siempre me sucedía. Estuvimos tomando vino primero, después terminamos con unos piscolas. Salimos entre los silbidos y los manotones de los borrachos, cuyas manos estaban empecinadas en meterse debajo de la falda de Sara. Miré esa falda, que a veces proyectaba un intento de duplicación de sí misma, producto del alcohol. Era roja, corta y ajustada. La chica tenía unas hermosas corvas y unos bellos muslos. Sus tacos agujas resonaban como pistoletazos

mientras íbamos camino a la pensión, medio bamboleantes. Comenzamos a jugar mientras ella abría la cartera para sacar la llave. Cuando comenzó a subir por la escalera delante mío yo la iba empujando de las caderas, corriéndole la falda hacia arriba de a poco. Cuando la llevaba a medio muslo, se paraba y se la tiraba hacia abajo, y luego comenzábamos de nuevo. No sé cuánto nos demoramos. De repente nos caímos y rodamos unos cuantos escalones, hasta el descanso, riéndonos a carcajadas. Aproveché de mirarla, pues cayó sentada con las piernas abiertas. En el fondo del ángulo que formaban sus piernas en su nacimiento reinaba la oscuridad, pero se notaba un pequeño triángulo blanco; el calzón, que también se duplicaba, triplicaba, superponía, ya que cuando tomo mucho, tengo una tendencia a ver doble. Al intentar ponerme de pie apoyé la mano en el piso entre sus piernas y sin previo aviso la corrí hacia adentro. Durante un instante reconocí el fruto redondo y duro, entre sus diversas versiones, para luego pellizcarlo. Lanzó un enorme grito y comenzó a darme de carterazos, siempre riéndose. La pieza que daba a ese descanso entre el segundo y tercer piso era la de la dueña. Una mujer cuarentona, a quien antes ya me he referido: una mujer bastante entrada de carnes y de la que los demás pensionistas y alguna gente del barrio sospechaban que antes habría comerciado con su cuerpo. Salió cuando ya nos levantábamos. Yo le estaba diciendo a Sara "tienes sucia la falda", y le pasaba una y otra vez la mano por las nalgas. La dueña nos gritó que nos fuéramos a remoler en la pieza. Llevaba una larga bata de noche y un gorro de dormir (o una media). Subimos a

trastabillones. Yo había tomado bastante en el bar del Polo. Sara siempre andaba a medio filo.

Al entrar al cuarto, ella primero y yo detrás con las manos pegadas a sus costados, la empujé a la cama diciéndole que prendiera la luz. Al no poder hacerlo cayó riendo, enredándose en las sábanas. Yo ubiqué por fin el velador valiéndome de mi pierna izquierda (no quería ubicar la lámpara para evitar romper la ampolleta como la otra vez) y luego tanteé con cuidado la lámpara. Oprimí el interruptor y la luz se hizo.

## XVII

Al mirar lo primero que vi fue a Sara, que cabeceaba sobre la cama con la falda cerca de la cintura. Pero al llevar la vista más allá me encontré con la mujer que era fuente de mis preocupaciones desde hacia algunas horas. Casi me caigo redondo al suelo. Sentada en una silla medio quemada que yo había rescatado desde el cuarto quemado de la Adivina, parecía esperarme. Su aspecto era el de aquella noche en que primero la había visto en el consultorio de la quiromántica, quizás sentada en esa misma silla, ante la mesita de naipes. Su faz borrosa tenía una expresión parecida a la de esos locos que parecen salidos del electroshock, que estando al lado de uno parecen estar en la constelación más lejana de la tierra. Pero atravesando esa niebla podía asimismo advertir un brillo oscuro e inquietante, como la semilla de una agitación febril, como la que le había visto hacia sólo algunas horas, desde mi escondite de atrás del árbol. Ese brillo anidaba en las pupilas, tras un espeso velo. La mujer ahora hablaba y yo permanecía de pie, sin atinar a nada. Pero un rumor sofocado, como de sollozos, me distrajo un momento de esa tensión: Era Sara, echada de bruces en la cama, Sara, la que producía ese ruido. Pero pude darme cuenta que estaba en realidad conteniendo

la risa, apretada la cara contra la almohada. Yo estaba muy trabajado por el alcohol, el cansancio y el nerviosismo. Pensé que entre la gringa y la puta me habían forjado a esa trampa y una llamarada de ira me atravesó un momento. Estaba listo. Todo se había ido a la mierda. Pero esa putilla me las pagaría ahora mismo. Luego vería lo que hacía.

Creo que le saqué de un tirón la almohada de debajo de la cabeza. Extrañada, ella miró hacia arriba. Cuando vio mi actitud, levantó un brazo para defenderse. Entonces tomé ese mismo brazo y tirando de él la saqué a tirones del lecho. Medio enredada con las sábanas cayó al suelo. Tomé una de las sábanas por una esquina y la hice rodar, hasta que ella quedó indefensa a mis pies. Luego recuerdo haber pisado el borde de su falda para evitar que se parara, mientras con el otro pie abrí sus piernas, golpeando (claro que despacito) con la punta del zapato ese mismo triángulo que antes había pellizcado. Ella pegó un grito. Con una ocurrencia pérfida, que aún no puedo recordar como perteneciente a mi persona, pero que a la que se mezclaba el erotismo, tomé la bacinica llena de orines que yacía quizás desde cuando debajo del catre, y le lancé el contenido a la cara. Se quedó allí en el suelo, gimiendo y limpiándose con el borde de la falda, trabajosamente, llevando casi la frente a las rodillas, mientras conservaba una mano entre los muslos. Yo la tomé entonces por el pelo y la arrastré afuera, mientras ella dejaba oír otra andanada de gritos. Cerré la puerta tras de ella. En realidad, había actuado totalmente fuera de mí mismo, poseído por el efecto del alcohol excesivo, que a veces me hace

perder el control de una manera curiosa, que no se parece a lo que experimenta ninguno de mis amigos, o la gente que conozco: no pierdo la capacidad de observar, y me miro a mí mismo hacer las cosas más increíbles, sin poderlo evitar, fríamente. A esto se agregaba en esta oportunidad la explosión de un terror más allá de mi comprensión, que echaba por tierra todas las previsiones racionales. La presencia de la otra mujer no alteraba en nada mi conducta, pese a que estaba en todo momento conciente de ella, sentada allí, como una esfinge. Como si el hecho del encuentro con esta mujer fuera algo por lo que Sara tuviera que pagar, y a la vez, como si estas acciones fueran una manera de mostrarle a esa misma mujer que yo era una persona de cuidado, toda dentro de la lógica detestable del borracho. Pareciera que sin que me diera cuenta, en algún lugar de mi inconsciente había un frenético urdididor que había decidido que esa mujer nunca iría a la policía, que todo el asunto de la tarjeta y el paquete era parte de algo a todas luces fuera de la ley, y que era bueno que vieran que yo era desalmado e inmoral por derecho propio. Como si ante un grave peligro, hubiera dejado que un ansioso instinto de supervivencia tomara el lugar de mi razón y hasta de mi mismo cuerpo. Paralogizado y asombrado ante lo que acababa de hacer, mareado, estuve de pie frente a la puerta unos momentos. Luego me volví lentamente a enfrentar a la otra mujer, que permanecía sentada. Apenas si parecía alterada. En el maligno y opaco brillo de sus pupilas y en sus facciones nebulosas había algo así como la huella lejana de una sonrisa. Luego me habló y a fe mía que nunca he escuchado una voz sonar más lúgubrementemente en mis oídos. . .



AQUÍ PARECE FALTAR UN TROZO DEL DIARIO  
(nota de la redacción)

## XVIII

Estuve buscando a Sara largo rato. El alba me sorprendió recorriendo las calles llenas de papeles y basuras, caminando apenas, en un estado de gran debilidad. Me latía fuertemente el corazón y la cabeza, que sentía enorme y pesada sobre los hombros, me dolía atrocemente. Los oídos me zumbaban. Ya no conservaba la urgencia que me había hecho precipitarme hacia afuera. Sólo la idea de encontrarla me hacía mover los pies. Había sido como si de pronto en una fiesta se encendiera una ampolleta roja y las muchachas rubias y los jóvenes de ojos puros y largas cabelleras se hundieran en un mar de perversiones. Yo ligaba mi reacción al alcohol, y obscuramente, a la mujer sentada, a la que había respondido mi sangre, como las mieses responden volteando sus cabecitas al sol.

La recogería, la vestiría, la curaría. Nunca volvería a tratarla mal. Sentía nostalgia de ella como la había visto la tarde pasada, luego de hacer con ella el amor: Desnuda, las piernas extendidas, tendida boca abajo sobre la cama, con sus hermosas nalgas cobrizas, redondas y pequeñas, reventando parásitos entre la uña del pulgar y las de los otros dedos, limpiándose luego los dedos en el antebrazo o el cos-

tado. Como si el cansancio y el malestar físico me hicieran retroceder a situaciones previas y el remordimiento y la urgencia se vieran reemplazados por la nostalgia. Volvía a sentir el peso de la arena mojada del sueño tras los párpados y me dirigí como pude de vuelta a la pensión, luego de errar como mosca borracha, cuando el sol ya ardía sobre mis ojos y remontaba la escalera hirviente de cucarachas en retirada, con los labios partidos y la garganta como fuelle por el último cigarrillo que fumaba.

Al botarme sobre el lecho recuerdo que estaba muy mareado y vomité. No tuve fuerzas para levantarme ni limpiar nada, ni siquiera para sacarme la ropa. El exceso de tabaco me hacía doler la espalda y me raspaba la garganta. El acre olor del sudor y el vómito hicieron que mi caída en el sueño fuera un remolino de inmundicia. Y soñé

... Las flores amarillas claras se apretaban a la orilla de la laguna. Pero el reflejo de esas flores cubría durante un trecho toda la superficie del agua y de un modo curioso (ahora) se extendían sobre todo el fondo, visible a través de las aguas transparentes. Un pequeño velero navegaba por el gran lago ahora debajo de él se agitaban las enormes flores amarillas...

Quedé un rato envuelto en bienestar que producen las imágenes postreras de los sueños, pero un crujido me despabiló. Alguien caminaba. Ahora tropezaba con algo (no supe nunca qué). Sara, pensé agradecido. Me incorporé sobre un codo y pude ver

por entremedio de los párpados un gato negro, redondo, de penetrantes ojos amarillos. Se subió tranquilamente a la cama, como un gato doméstico, de la casa, que conoce a la gente y que ha perdido el recelo natural a los muebles ajenos. Se instaló justo donde solía dormir Sara hecha un ovillo. Quizás envuelto todavía en el sueño, o saliendo dificultosamente de éste, creí, sin lugar a dudas, que el gato me lo había mandado Sara.

## XIX

El sol había doblado la curva del mediodía y se estacionaba, enorme y rojo sobre mi ventana. Al bajar del lecho tropecé con las aristas de algo duro: El paquete. Me había olvidado de eso. Aún no había pensado que hacer. Pero el efecto (digamos) de la gringa, en cierto sentido había cambiado mis planes. Podría presentarme antes de lo acostumbrado en la extraña casa con una disculpa. Invocaría el testimonio de la mujer, que parecía gozar de gran consideración en ese medio. Pero primero tenía que mandar el bulto. Lo saqué debajo del lecho. Pero lo solté inmediatamente. Estaba lleno de una grasa viscosa, que parecía haber traspasado el grueso papel café que lo envolvía. Hedía, y me di cuenta que gran parte del olor que atribuía al sudor y a las costumbres de Sara, provenía de aquel bulto. Seguramente se trataba de alimentos, que con el calor ascendente de la estación y en encierro, comenzaban a descomponerse. Y se me ocurrió una idea. Vería lo que el paquete contenía. Luego lo volvería a armar y lo mandaría a su destino, bien rociado con el pachulí de Sara, en un taxi.

AQUÍ CONCLUYE EL DIARIO (nota de la redacción)